

PEREZ GALDOS Y PEREDA A TRAVES DE SUS CARTAS

Alfonso Armas Ayala

El contenido de la presente ponencia se refiere a algunas de las cartas cruzadas entre Pereda y Galdós, correspondencia de la que estamos preparando una edición completa. Será documento valioso para conocer mejor la ideología de dos escritores de la Restauración; dos escritores bien significativos, que, a pesar del aparente distanciamiento de sus posturas religiosas, conservaron siempre una honda, inalterable amistad a lo largo de toda la vida.

Los diez años de diferencia en edad que había entre los dos escritores (Galdós, 1843; Pereda, 1833) pudo haber sido una de las causas de sus posturas ideológicas (Pereda, más cercano a los problemas aún vivos de la sucesión dinástica; Galdós, más alejado en el tiempo y en el espacio geográfico); de ahí el fogoso y juvenil temple carlista de Pereda —años después rectificado— y el también fogoso liberalismo juvenil galdosiano, evolucionado luego hacia un conservadurismo más templado. Otras muchas causas, tal vez más hondas, podrían aducirse, y no sería la menor la educación y la formación de cada uno de los dos escritores. Ya se verá, en alguna de las cartas, la explicación de estos dos aspectos tan importantes en el pensamiento de estos dos españoles tan próximos, tan unidos y, aparentemente, divergentes en matices de religiosidad y aun de inclinación política.

Concepto de la novela

Si se quisiera resumir, tal vez con exceso, el panorama novelesco a partir de 1860, podría hacerse con este planteamiento, sin duda un tanto aventurado: *cuento + costumbrismo + folletín*, los tres ingredientes fundamentales del género narrativo. El cuento —y esto ya lo han dicho Baquero, Revilla y tantos

más—, como germen del *cuadro de costumbres*; el folletín, ya iniciado en el romanticismo, ahora revivido por los editores a causa de la mayor baratura y mejor difusión de la novela por entregas. Los límites entre el «cuento» y el «cuadro» resulta, en ocasiones, difícil de hacer; el «folletín», casi subliteratura, encuadrado entre las notas del melodramatismo, finales de capítulo inconcluso, personajes exagerados en sus sentimientos o en sus acciones, abundancia de diálogo, es subgénero abundante desde comienzos del siglo XIX, con las traducciones francesas e inglesas. El profesor Ynduráin ha dedicado un minucioso estudio al tema (*vid: F. Ynduráin: Galdós, entre la novela y el folletín*, edic. Taurus, 1970), y gracias a él es posible conocer no sólo los caracteres del folletín, sino el que tuvo en el marco de la narrativa española del XIX, y aun del XX. A través de él, como señala muy bien el doctor Ynduráin, Galdós plasmó, especialmente, buena parte de su técnica novelística durante el primer período. Y no solamente ejercitó esta técnica, sino que además teorizó, en más de un texto, sobre el concepto de novela. Vale la pena recordarlos, porque servirán de apoyo a los juicios que expresará en sus cartas a Pereda.

«Novela, espejo fiel de la sociedad en que vivimos»; «Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones»; el novelista debe «reflejar la turbación producida en el seno de las familias azotadas por problemas religiosos o morales». He aquí algunos textos galdosianos. Resultan bien expresivos. No tanto por lo que defienden, sino, como añade muy bien Ynduráin, por la manera de llevarlos a la práctica. Ya que Galdós «pone no sólo su peculiar modo de ver (la realidad), sino también de expresar». Y este modo de expresar, este modo de decir es precisamente el toque especial del escritor, defensor de la realidad, sí, pero recreador de la misma.

Cuando Galdós prologa *El sabor de la tierruca*, una de las novelas de Pereda más representativas del espíritu tradicional tan defendido por el escritor santanderino, alaba el «signo de lo natural» y el «realismo literario», cualidades que Galdós había alabado ya en alguna de las cartas escritas a Pereda. Y no es menor la alabanza que hace del «lenguaje literario», apto, cuando está manejado con habilidad por el novelista, para reproducir «los matices de la conversación corriente»: a fin de cuentas, lo que Pereda hace en la mayoría de sus novelas regionalistas. Y lo que Galdós, con mayor prudencia, repite en sus novelas de ambiente madrileño, o, como él mismo las califica, en las novelas «de ambiente popular». Observar lo natural y utilizar un lenguaje literario adecuado, tales eran las premisas de la novelística galdosiana.

Dos temas, entre otros, destacan en las novelas de Pereda y Galdós: política y religión. Por citar dos fechas, 1851 y 1868, años vividos por los dos novelistas; años significativos en la historia ideológica española. Concordato con el Vaticano, revolución frustrada. Pereda y Galdós reaccionarían con diverso signo frente a tales acontecimientos, y en sus novelas hay reflejo de este ambiente. Así, en *El audaz* y en *Sotileza*, cuyos respectivos protagonistas participan de la atmósfera política de aquellos años. Muriel, en la novela galdosiana, protagonista del nuevo

régimen, del soñado liberalismo nunca alcanzado; Marcelo Ruiz, el héroe de Pereda, soñando con la vida idílica aldeana, con la tradición inamovible. Galdós, en *Gloria*, en *Doña Perfecta*, en *León Roch*, denunciando los males de la Iglesia española, y también de la sociedad española, más gazmoña que tolerante. Pereda, incorruptible, defendiendo y atacando, cuando no satirizando sin gracia a la tradición y a las nuevas ideas («volterianas, impías, revolucionarias», son sus calificativos). Montesinos, en su *Galdós* (t. I), establece claramente la diferencia de la crítica galdosiana: los males de la Iglesia española, no de la católica, son males de España, de los cuales participa la Iglesia, como grupo social más caracterizado e importante. «La incapacidad de sentir la realidad —dice Montesinos— se va apoderando de la vida religiosa y la va pervirtiendo.» Galdós quiso preconizar la caridad y la tolerancia, porque «una religión fundada en el amor no da pretextos a siniestros odios», y Pereda —añade Montesinos— fue injusto con Galdós al reprocharle que diera a los católicos tan menguada representación en la novela (se refiere a *Gloria*), en donde abundan «un obispo casi bobo, un cura bárbaro, un neohipócrita, un señor que cree sin razón... y una joven que duda del infierno y del purgatorio».

Galdós —hace falta recalcarlo— está haciendo en su novela estampa de folletín: exagera los tipos, abusa de lo sentimental, hace capítulos con suspensión del hilo narrativo, los sentimientos son extremos y contrapuestos, contrasta personajes débiles y amables con los poderosos y monstruosos, abusa de motes a ciertos personajes, destaca el sino fatal de otros personajes. De ahí la acusación de Pereda, aunque entrañase, en el ánimo del escritor santanderino, un signo de impiedad olvidar la estructura folletinesca de la novela que el propio Pereda también practicó. Porque uno y otro escritor participan de una técnica común, aunque usada con procedimiento diverso. La simbología es nota repetida en los dos novelistas; y la religiosa, más aún. Los nombres propios de personas y lugares, las descripciones de lo típico y lo pintoresco, la ridiculización de lo bucólico son algunos contenidos estructurales de los dos novelistas; con la salvedad de que en Galdós la profundidad, el segundo fondo, la impresión y hasta el trascendentalismo son más evidentes que en Pereda, más superficial, más anecdótico, más atado al marco natural del paisaje.

Uno y otro tratan de llevar a sus páginas pedazos de la realidad: desfigurados por el idilio, en Pereda; grabados con fuerza, en Galdós, tentado ya, como señalan Ynduráin y Montesinos, por el impresionismo madrugador: de ahí, su sentimiento del paisaje y no sólo su descripción. Oír, sentir, palpar lo visto; maestría en Galdós y desvaimiento en Pereda, más apegado al objetivo fotográfico. El zigzag narrativo galdosiano contrasta con el sentido lineal de Pereda, poco amigo de esguinces.

Por último, la moral. La novela seguía siendo, a los ojos más puritanos, lectura endemoniada. La palabra «novela» fue eludida (recuérdese los «cuadros», los «apuntes» de Fernán, de Pereda o de F. González), porque se la consideraba poco grata a un buen número de lectores. Pereda, sin llegar a estos extremos, sí

sostenía la tesis de que la novela debería *enseñar*: la vieja idea del apólogo resucitada en forma de narración larga. Por eso, como dice Montesinos (*Pereda o la novela idilio*, Edic. Castalia, pág. 69), «el mundo novelesco de Pereda parece implicar una realidad poética y moral a un tiempo —poética, porque moral—, encanto y lección de conducta, en que la pureza de sentimientos y la rectitud de las acciones condicionan la belleza... Por eso —concluye Montesinos— la novela de Pereda se organiza en torno a una concepción idílica de la vida, cuando no es áspera sátira». Conceptos todos, como se ve, bien distintos de los sustentados por Galdós, cuya novela está más cerca del «espejo de la vida»: un espejo en el que se reflejaría lo bueno y lo malo, lo feo y lo hermoso, lo agradable y lo desagradable. Una novela, la perediana, alejada de la realidad; más bien concebida como una recreación, casi una «ensoñación». Una novela, la galdosiana, «reflejo de una realidad», «observación de la sociedad actual», «imagen de la vida»: frases repetidas por Galdós en más de una ocasión. Dos posturas que, inevitablemente, habrían de chocar en el plano de lo ético, cuando no en el más estrecho de la ortodoxia religiosa.

Las Cartas

Desde 1876 a 1901 dura la correspondencia sostenida entre los dos novelistas. Ciento cuarenta y ocho cartas escribió don José y 29 don Benito, aunque esta última cifra no debe ser la verdadera, pues aún es posible encontrar alguna más entre los herederos del novelista santanderino. Con todo, las cifras prueban la asiduidad y persistencia de uno y otro correspondiente. Hasta tres meses antes de morir, Pereda escribe, por medio de amanuense, a Galdós; aunque el motivo es darle el pésame por el fallecimiento del general Pérez Galdós —hermano del novelista—, Pereda le da noticias de sus obras completas, preparadas por V. Suárez, y de su «triste estado», encadenado ya a la hemiplejía que le ocasionaría la muerte en el mes de marzo de 1906.

Una correspondencia tan intensa y extensa demuestra la solidez de una amistad que ni los nubarrones de discrepancias religiosas o políticas pudieron enturbiar. Y, sobre todo, las menudencias, pequeñeces y hasta intimidades encerradas en los pliegos, amarillentos ya, de las cartas son prueba del grado de esa amistad.

A través de las cartas hay distintos mundos, pero una sinceridad constante. Cada uno sentía por el otro una preocupación grande: unas veces, dándose consejos sobre floricultura, cultivada con gran celo por los dos escritores. Enviándose gladiolos «ay de mí» o semillas de cualquier clase:

Me entregó Llata el paquete de semillas a que V. se refiere en su carta del 9, y con decirle que a estas fechas están ya germinando, bajo tierra, queda demostrado que el regalo es útil, oportuno y agradecido... (Carta de Pereda.)

Y Galdós, en medio de noticias literarias y de dolores de cabeza, refiere:

Transplanté el «ay de mí», me parece que con éxito. La matita central que es la más desarrollada, la he dejado en el tiesto-cuna, rellenándola de tierra nueva... Aún no he sembrado lo que V. de mandó, porque me están preparando una caja a propósito. Pero de un día a otro pasarán a la tierra (Carta de Galdós, marzo 1877).

No es fácil imaginarnos a dos temperamentos literarios tan diversos preocupados por la salud de sus «matitas», por los cuidados que exigían, por la paciencia y el celo que necesitaba su cultivo. Diríase que este afán floricultor ayudaba más al acercamiento íntimo, a la mutua comprensión de dos espíritus aparentemente tan distantes, pero tan próximos en la sensibilidad.

Y ya se verá que este distanciamiento podía tener tonos trágicos o, al menos, altisonantes. Porque el tono, pseudo-académico unas veces y melifluido otras, que Pereda emplea en sus cartas para llenarlas de humorismo, resulta forzado y poco llano; le faltaba humor, socarronería, gracia que sí tenía Galdós, aunque pocas veces hiciera gala de la misma en la correspondencia. Uno de los temas en donde se volcaron más los tonos fuertes, pero siempre correctos, fue en *Gloria*, novela que al igual que los otros «engendros» —como llamaban uno y otro a sus novelas—, tanta pasión desató. Y con tanto ahínco fue defendida y atacada.

Sin duda es *Gloria* el asunto de mayor entidad, desde el ángulo literario, a lo largo de todas las cartas. Pereda, con vehemencia, con calor, con pasión, trata, una y otra vez, de atacar, de desnudar, de desmenuzar el contenido de la novela. Bien se conocen ya —por la edición fragmentada de Cossío: *La obra literaria de Pereda*, 1934; o por la de Soledad Ortega, más completa, 1964, Rev. Occ.— los términos y el tono del escritor santanderino. Pero conviene recordarlos, porque los cotejaremos con los de Galdós, más comedido, menos apasionado y muy dolido, intensamente dolido por la crítica injusta que su mejor amigo le hacía del libro.

El defecto consiste en que *Gloria* ofrece una punzante sátira religiosa, y al hacerla, el autor ha presentado el asunto bajo un punto de vista particular, despojado de toda imparcialidad... (Carta de Pereda, 9 de febrero de 1877.)

Y más adelante, en respuesta a una carta de Galdós —la primera respuesta que Pereda recibe sobre el tema—, ratifica sus conceptos:

No me desagrada que proteste V. contra el adjetivo volteriano; sin embargo, hoy lo merece V. proponiéndose arraigar (debe decir «desarraigar») las creencias religiosas, predicando la transacción y las mutuas concesiones en el dogma que es indivisible e inalterable por su origen divino... (Carta del 16 de febrero de 1877.)

Pereda, siempre consciente de la trascendencia de la ideología que representaba, sermonea a Galdós:

Déjeme, amigo, en esta relativa tranquilidad de espíritu, admirando aquella fe que hizo morir sonriendo a mi madre y que me da la esperanza de volver a verla, así como a mis hijos y a cuantas personas me han sido queridas y ya no existen... (Carta 14 de marzo de 1877.)

Y lo curioso, como ha estudiado muy bien Montesinos, es que la novela, la malhadada novela, según Pereda, tenía un corte perediano. Hay mucha interinfluencia entre los dos novelistas en los nombres geográficos, hay algo de neoromanticismo en el paisajismo, «casi llega al idilio peredista», concluye Montesinos. *De tal palo, tal astilla* y *Gloria* aparecen tener una semi-advinación, afirma Montesinos; y hay pruebas sobradas de ello. Galdós pide datos geográficos, léxicos, onomásticos a Pereda para «ambientar la segunda parte de *Gloria*»: de ahí el peso que la Naturaleza tiene en la obra, no un paisaje recreado o falsificado, como el de Pereda —siempre hermo­seado—, sino bronco, salvaje y sentido como fruto de impresiones del novelista.

Gloria es novela con notables influencias bíblicas. Galdós, lector y anotador de la *Biblia* —como puede verse en el volumen conservado en su biblioteca—, buscaba las fuentes primitivas de la Iglesia para desproveerla de liturgia, para hacerla más simple. Es posible que las auras krausistas hayan podido llegarle por unos y otros caminos. Sí, es cierto, como han señalado Casaldüero, Montesinos y Correa, que la novela encierra un nuevo mundo de creencias, y Galdós se sintió atraído por estas nuevas corrientes religiosas, en ese afán suyo reformador. No —y esto es importante recalcarlo— de la Iglesia Católica, sí de la sociedad católica española.

La novela surgió —dice Galdós— en casi quince días; al menos, la primera parte. La continuación estuvo guiada e incitada por las cartas de Pereda. Y en ella, en la segunda parte, pasaron mucho las consideraciones, los juicios y las admoniciones del novelista santanderino, a quien Galdós no quería molestar ni herir en sus más íntimos sentimientos, según le repite en más de una ocasión. Y no sólo a Pereda, sino a Clarín, con quien también sostuvo Galdós una continuada correspondencia (el profesor Gamallo nos dirá algo de la misma) y en la que aparece más de una vez el nombre de Pereda. «La segunda parte es postiza y tourmentée. ¡Ojalá no la hubiera escrito!», dice Galdós. Y tenía razón sobrada. Pereda persistía, en sus cartas, censurando la novela: no le gustaba la tendenciosidad, ni siquiera leía las claras alusiones al mundo perediano, como aquella procesión del Salvador, valorada con tanto acierto por Montesinos en su citado libro (*Galdós*, I, 223.)

Una de las cartas de Galdós (28 noviembre de 1876) trae la primera noticia de *Gloria*:

El haber hecho tan a desgana este trabajo (se refiere *Cuarenta leguas por Cantabria*), lo mismo que el *Siete de julio*, proviene de que ahora tengo el entendimiento habitado (digámoslo así) por una obra que empecé hace años, que volví a tomar entre manos hace dos años, y que ahora he vuelto a poner

en el telar decidido a echarla al público (la primera parte nada más). Es una novela, cuyo asunto pasa en esa provincia (ya le pediré algunos detalles locales), y que hace tiempo me preocupa demasiado. Todo mi afán consiste en hacer un *libro* después de tantas obrillas baladíes como he lanzado por esos mundos. Si al cabo de tantos afanes y de trabajar con tanto entusiasmo, resulta que *Gloria* (este es su título) es peor que las hermanas, me he lucido. Puede ser que así resulte.

El texto, aunque extenso, vale la pena analizarlo. La «desgana» citada en la primera línea se fundamenta en que «había pensado darle una forma novelesca», porque, añadía, era necesario en esta «literatura de viajes» introducir «pasajes y episodios que hicieran hacedera esta literatura..., que es intolerable cuando es enteramente descriptiva». Como se ve, el novelista antes que el paisajista. Todo lo contrario del puro y desnudo costumbrismo paisajístico: ver y recrear. Galdós —son palabras suyas— no hacía «género turista, género cursi, totalmente inculso»; prefería urdir el tejido novelesco sobre el cañamazo de la realidad.

El conocer ahora que la novela tuvo una gestación tan lenta —fenómeno poco frecuente en Galdós— («empezé hace años», «volví a tomar entre manos hace dos»), demuestra el interés, el extraordinario interés que el novelista había dado a su obra. No como una novela más, sino movido por razones mucho más hondas: las que declararía en cartas posteriores. Además, siempre detenido y preocupado por la primera parte, aquella que él consideraba más importante (en su contenido ideológico, no en la forma novelística, más lograda en la segunda parte).

Saber que la realidad geográfica es la santanderina, la misma que Galdós había conocido llevado de la mano por Pereda; la que él deseaba conocer mejor con ayuda de las informaciones que seguía solicitando para hacer más «realista» su descripción, aunque luego, como se verá, escogería lo fundamental para desechar lo accesorio. A fin de no hacer «literatura turística», esto es, meramente paisajística, sino que procuraba llenarla de latido humano, para transmitirle el propio latido del novelista.

Ha valido la pena conocer tan minuciosa y doméstica prehistoria de *Gloria*, ya que confirma cuanto se ha dicho sobre ella. Fue obra muy querida por el novelista, entrañaba algo trascendental y exigió tiempo, mucho tiempo, su elaboración. La importancia que le dio queda demostrada con la defensa. La acalorada —acalorada y al mismo tiempo ordenada— defensa hecha por el autor de su obra. La carta de 10 de marzo de 1877, contestación de la del 9 de febrero de Pereda, es pieza que vale la pena releer despacio por lo que dice y por lo que silencia.

Voy a contestarla —dice Galdós— teniéndola a la vista, lo cual es contrario a mis costumbres; pero no hay otro remedio.

Primero, la floricultura: noticias del «ay de mí», posible envío de «cebollas de gladiolos», solicitud de asesoramiento para un mejor cultivo de sus trasplan-

tes. Galdós y Pereda, enredados en sus faenas de jardineros, cuidadores de sus flores y de sus semillas. Y después de las flores... los cardos.

Nunca creí hacer una obra antirreligiosa, ni aún anticatólica —afirma Galdós—; pero menos aún *volteriana*... Habrá de todo menos eso. Precisamente me quejo allí (y todo el libro es una queja) de lo irreligioso que son los españoles.— Yo no he querido probar en dicha novela ninguna tesis filosófica ni religiosa, porque para eso no se escriben novelas. He querido presentar un hecho dramático verosímil y posible, nada más. (Carta del 10 de marzo de 1877.)

La novela tiene fondo, finalidad religiosa. A Galdós le preocupaba la «irreligiosidad de los españoles». Y pensó que denunciando esa falta de caridad, de tolerancia y de amor podría hacer algo en favor de una posible reforma, hartamente difícil en una sociedad tan cerrada e inmovible como la hispánica. El tono de queja, de plañidera, que no es difícil de advertir, queda recalcado convenientemente, y el deseo de presentar «un hecho dramático verosímil y posible», conjuga con las ideas que acerca de la novela había ya expuesto Galdós. La verosimilitud estaba formada por las imágenes, por los recuerdos, por las vivencias que el novelista había tenido en sus estancias santanderinas; imágenes, recuerdos y vivencias que el novelista supo vestir con ropaje muy distinto al que le ponía su compañero Pereda, idílico, pródigo y fantaseador de una falsa bondad, recreador de una sencillez pastoril. El paisaje, sí, es el santanderino; no poco pesó la reciente terminación de *Cuarenta leguas*... Casi puede afirmarse que se escapan párrafos y giros de la «descripción pesada», a la que aludía Galdós en la carta ya mencionada (carta 28 nov. 1876). Sólo el paisaje, porque los caracteres, los retratos, las almas de sus personajes y hasta la atmósfera, conseguida con tanta belleza y maestría en ciertas páginas, son hijos de la minerva galdosiana, en esta novela fértil en abstracción y poco amiga de localismos particularistas.

En fin, esto nos llevaría demasiado lejos y esto se trocaría en disputa. Yo abomino la unidad católica, y adoro la libertad de cultos. Creo que primordialmente si en España existiera la libertad de cultos, se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depurarían las creencias del fanatismo que las corrompe, ganaría muchísimo la moral pública y las costumbres privadas, seríamos más religiosos, más creyentes, volveríamos a Dios con más claridad, seríamos menos canallas, menos perdidos de lo que somos. En todo soy escéptico, menos en esto. (Carta de 10 de marzo, de 1877.)

No es fácil encontrar un texto tan expresivo, tan vivo y tan apasionado como éste. Diríase que es una declaración de derechos o de principios. Galdós, hablando en alta voz, proclamando, con sinceridad y valentía, su ideología —tan próxima, como ha señalado Montesinos, a la de Azcárate, autor de *Minuta de un testamento*—, trazando un programa, un utópico programa, de reordenación espiritual española.

Primero, «libertad de cultos»; no para un libertinaje espiritual, sino para una mejor ordenación del catolicismo, al que Galdós pretende fortalecer gracias a una mayor depuración. Parece, y tal vez el eco no esté tan lejano, que la resonancia del erasmismo —prolongado en formas diversas a lo largo del XVIII y del XIX, en galicanismo, pistoyanismo y regalismo— tiene aún vigencia; mucho más cuando se pide una limpieza de «formas externas» para fortalecer las «internas», para —según Galdós— «volver a Dios con más claridad». Después, al final, la declaración de escepticismo, como norma frecuente o como postura más común; escepticismo sólo vencido por esta postura casi dogmática. Un dogma expuesto en forma novelesca y en trama de «suceso verosímil y posible». Ese suceso que, en el ánimo del novelista, podía estar vivo en cualquier rincón del solar hispano.

Y antes, en párrafo anterior de la misma carta, comprometiéndose, atándose al carro de «los tirios o los troyanos», trágico, temible carromato al que han tenido que subirse, empujados o no, los más ilustres españoles de todos los tiempos.

Desde luego declaro que aquel escritor que aspire a agradar a todo el mundo, no agradará a nadie. Amigo mío, el siglo en que hemos tenido la desgracia de nacer, nos impone la obligación de ser tirios o troyanos. No hay más remedio. Bien cerca tiene V. un ejemplo de lo que digo. Someta a los hombres de pfo a un tribunal tirio o troyano, a ver si es posible que sea aceptado por unanimidad. Y lo mismo digo de otras obras de V., las mejores quizás. De modo que hay que decidirse.

Sabía Galdós muy bien lo que decía; al menos, en aquellos momentos. Después, con el correr del tiempo, «los tirios y troyanos» se soportarían, se respetarían, se necesitaban mutuamente. El propio Pereda sufría los ataques de los «neos» por considerársele excesivamente liberal; porque, a fin de cuentas —como le diría Galdós en carta posterior—, por encima de todo su «anticlericalismo» estaba «la benevolencia y el amplio espíritu cristiano» de Pereda, tolerante, generoso y dueño de un amplio corazón.

Es una cosa abrumadora, un contrasentido horrible que V. comulgue con semejante gente y que su eminentísimo talento que tiene todo el corte liberal (créalo V.), no deslucido porque eso no puede ser, sino mal empleado en tal orden de ideas. Pocos ingenios conozco que sean de médula tan liberal como el de V.... (Carta de 10 de marzo de 1877.)

Ni se equivocaba Galdós, porque Pereda tenía el empaque y el comportamiento del liberal de buena estirpe; y en ese trato continuo con Galdós, el «comercuras», lo demostró. Y aún lo ratificó, algunos años después, en Santander, cuando se le hizo un homenaje a Galdós ofrecido precisamente por Pereda; homenaje que le costó al novelista santanderino una reprimenda pública, por boca o columna de *La Atalaya*, periódico de ultraderecha, se le llamaría hoy, denuncia-

dor de un «contubernio tan poco digno». Más o menos, lo había dicho Galdós, en una de sus cartas, cuando, después de anunciarle la terminación de *Gloria*, comenta:

Si tratara V. a sus amigos los absolutistas como yo trato a los liberales en el 7 de julio, le dirán, como a mí me dicen, apóstata. Pero no hay quien me quite la imparcialidad, en tratándose de poner la política en novelas. (Carta del 27 de diciembre de 1876).

Ni Galdós ultraliberal, ni Pereda «neo»; la templanza y la concordia, meta común. Uno y otro, cada uno por su camino, con una honda preocupación religiosa: Pereda, resucitando la «vieja fe», contra la que Galdós había lanzado sus dardos anticlericales. Galdós, luchando por arraigar una nueva fe, uná nueva manera de expresar la fe religiosa entre los religiosos españoles, entre los insinceros religiosos españoles, al decir suyo:

Precisamente lo que quiero combatir es la indiferencia religiosa (peste principal de España, donde nadie cree en nada, empezando por los neo-católicos. (Carta de 11 de febrero de 1877).

En las cartas de estos meses del 77, a poco de salir la novela, *Gloria* continúa preocupando a los dos corresponsales; el uno para defender su obra y el otro para señalar sus defectos. Y Galdós deseando continuar la segunda parte, para la que desea contar con la colaboración de Pereda: cómo eran las procesiones, cómo son las operaciones agrícolas, qué mapas deseaba volver a consultar. Y una última observación:

¡Cuánto podría yo decirle sobre esa fe que según V. yo trato de combatir!, y que a mi modo de ver se combate a sí misma y no necesita que nadie la destruya. Además, las novelas no son ni para quitar ni poner la fe, son para pintar pasiones y hechos interesantes...

El fin de la novela, «pintar pasiones»: mundo interior, no exterior. Describir vidas, no paisajes. Novela, no sermonario ni apologética. Novela, para describir, para pintar, narrar. No fotográficamente, sino desde el interior.

Galdós preocupado por problemas religiosos. Galdós dominado por la duda. «Carezco de fe —le dice en una carta del 6 de junio—, carezco de ella en absoluto. He procurado poseerme de ella, y no la he podido conseguir.» ¿Recuerda tal vez, en cierto modo, a la confesión angustiada unamuniana? Galdós, pues, hombre de su tiempo, deseoso de quitarse el mote de antirreligioso, inclusive amigo de asistir «a las lamentaciones —le cuenta a Pereda— cuando hay buena música y (puede que usted no lo crea) llevo mi libro de Salmos a riesgo de que me tengan por una lumbrera de la juventud católica». Galdós, en resumen, como han visto muy bien la profesora Blanquat y el profesor Correa, participando del reformismo propugnado por Sanz del Río. Imbuido de la necesidad de la simplificación y primitivismo en la liturgia y en el alma de los creyentes.

Si se quisiera resumir el contenido de esta ponencia, podría hacerse así:

- A) Concepto de la novela, según Galdós y Pereda. En Galdós, mucho más dentro de la línea novelística de su tiempo.
- B) Galdós utiliza el folletín para sus novelas. De ahí la truculencia, la exageración y hasta el melodramatismo: acusación injusta por parte de Pereda. Resultaba ser procedimiento artístico.
- C) Lo religioso y lo moral en los dos novelistas. En Pereda, lo moral mucho más; en Galdós, más lo religioso. Galdós, por encima de todo, intentando hacer novela, no sermonario ni apologética.
- D) En las cartas escogidas (fines del 76 hasta junio del 77), noticias literarias muy abundantes. En especial, *Gloria*, objeto de polémica. Por parte de Pereda, novela antirreligiosa, volteriana; por parte de Galdós, novela, sobre todo novela, urdida con materiales reales (viajes por Santander), pero abstraídos y recreados por el novelista.
- E) *Gloria*, novela de preocupación religiosa. Llena de citas bíblicas. Escrita de un tirón, pero gestada durante mucho tiempo. Galdós, un español más, preocupado por una nueva manera de fe.
- F) La amistad de Galdós y Pereda, inamovible. Gracias al espíritu liberal del que eran ambos dueños.
- G) Galdós, influido por Pereda. Pero dando forma distinta al material novelable.

Las cartas de Galdós y Pereda, testimonio no sólo de una amistad, sino lección de tolerancia. Galdós deslumbrado por la magia de «lo natural» de Pereda; Pereda alabando la maestría inimitable del «narrador». Uno y otro, intercambiándose semillas de flores y de técnica novelística. Galdós con más apertura y Pereda con mayor limitación. La novela, en fin, en manos de dos maestros; convertida en espejo de la realidad, pero llevada hasta sus últimas consecuencias gracias al poder de abstracción de Galdós.